

PRÓLOGO

FRANCISCO JAVIER BUIDE DEL REAL

Canónigo archivero-bibliotecario de la Catedral de Santiago de Compostela

Archivero: vocación y misión eclesial

Puesto que muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros, como nos los transmitieron los que fueron desde el principio testigos oculares y servidores de la palabra, también yo he resuelto escribírtelos por su orden, ilustre Teófilo, después de investigarlo todo diligentemente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido (Lc 1, 1-4).

La tarea de recopilar, conservar y transmitir la memoria como testigos y “servidores de la palabra” forma parte de la identidad de la Iglesia y los que ha ella nos dedicamos. Un “servidor de la palabra” fue D. José María Díaz Fernández, bajo muchos aspectos, pero especialmente como sacerdote, predicador y buen orador. También lo fue como poeta, lector y escritor, y como conversador y consejero. Fue un amante de la palabra que sirvió a los demás con ella en su vocación sacerdotal. Nosotros aquí y hoy no queremos que aquella palabra que sirvió a la Palabra se pierda en el aire con el viento del tiempo en el olvido.

San Lucas, además de evangelista y hagiógrafo, pretende transmitir su Evangelio y mensaje como testigo fidedigno, como historiador, en cierto sentido, tanto en el Evangelio como en la obra que lo continúa, Hechos de los Apóstoles. También aquí tenemos entre manos un recuerdo y una memoria histórica, y a la vez una vocación sentida que va más allá de los meros hechos objetivos, *bruta facta*. El evangelista Lucas se remite, como tantos historiadores antiguos contemporáneos suyos, al testimonio ocular vivo, a la experiencia, a aquello que habían presenciado, y a la transmisión de ese testimonio. Pero como recordará también el evangelista Juan en su carta, ese haber presenciado y dar testimonio (*martirium*), ese haber tocado y palpado implica que la Palabra que se nos ha transmitido se ha encarnado y hecho Vida, para que tengamos vida.

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo (1Jn 1, 1-4).

La tarea eclesial del historiador y conservador es la de custodio y transmisor de la historia, es la del testigo, a fin de cuentas. Como recordaba hace poco el papa León XIV, citando el texto de Juan que acabamos de leer:

El cristianismo no nació de una idea, sino de una carne: no de un concepto abstracto, sino de un vientre, de un cuerpo, de un sepulcro. La fe cristiana, en su esencia más auténtica, es histórica: se base en hechos concretos, en rostros, en gestos y en palabras pronunciadas en una lengua, en una época, en un entorno¹.

El papa León XIV nos retrotrae, por un lado, a su predecesor Francisco, por otro al anterior papa homónimo, León XIII. Para nosotros en Compostela este pontífice nos evoca los tiempos del gran historiador de la Catedral de Santiago Antonio López Ferreiro. Fue el papa que confirmó sus grandes estudios histórico-arqueológicos en la tumba del Apóstol Santiago y con los documentos del Archivo de la Catedral. Por eso no nos sorprende el amor a la historia como vocación cristiana que León XIV evoca.

El papa Francisco nos habló antes de la importancia no sólo de la historia como disciplina y objeto de estudio, sino de la preocupación por la historicidad y el carácter histórico. Moviéndonos entre los ideales cristianos se nos puede perder de vista su concreción. Por eso les recuerda a los que se forman en nuestro tiempo al servicio de la Iglesia la necesidad de conocer la Iglesia como ha sido, sin idealizarla ni suprimir sus defectos y pecados, históricos, amándola como Dios nos ama, como es, buscando así conocerla de verdad para comprenderla, es decir, comprendernos y dejarnos sanar. Se le podría añadir que esa es la Iglesia que continúa y encarna, santa y pecadora, la presencia prometida de Jesús entre nosotros, sacramental, hasta el fin del mundo, geográfico y cronológico.

Pero la historicidad recordada por el papa Francisco también invita a un realismo histórico entre quienes aportan palabras a nuestra sociedad contemporánea no desde la verdad sino desde la ideología, manipulando,

¹ LEÓN XIV, papa, *Carta apostólica sobre la importancia de la arqueología con motivo del centenario del PIAC*, Vaticano, 11 de diciembre de 2025 (www.vatican.va).

cambiando, alterando pasado y presente, contruyendo relatos, no buscando verdad².

Mirando atrás al camino andado en estos siglos evoquemos de nuevo el final de siglo del XIX de la mano del historiador y archivista compostelano Antonio López Ferreiro con el papa León XIII. Este pontificado tuvo que afrontar en su momento los desafíos y crisis provocados por unas ciencias experimentales y humanidades que desafiaban la verdad a la que pretende servir la Iglesia desde la fe, y que criticaban su propio pasado y sus convicciones presentes. Recordaba aquel papa el buen servicio que estas disciplinas podían hacer, y al mismo tiempo, sin desdeñar el conflicto, la búsqueda de la verdad, que es lo que nos une. Y la verdad, que el científico busca, no puede contradecir la Verdad, que en la Iglesia buscamos y servimos³. Así es como afrontó el reto apologético de defender a la Iglesia frente a una historiografía demoledoramente crítica, pero sin desdeñar el reto de la historiografía crítica, de la búsqueda fundamentada de la verdad. Ya lo había hecho abriendo a la investigación los Archivos Vaticanos en unidad y línea con la Biblioteca Apostólica y con la propia cancillería pontificia instancia de producción documental previa al Archivo.⁴ Es un pontificado de equilibrio entre las tensiones que pueden resolverse buscando la Verdad sin caridad ni paz. Una vez más el actual pontífice evoca con su nombre a aquel, y la búsqueda también académica, histórica y cultural de tender puentes en una sociedad tan fragmentada y polarizada, hacia la Iglesia pero también dentro de ella.

Desde Santiago recogía notable e infatigablemente el testigo Antonio López Ferreiro, de quien el papa León XIII había recibido noticia histórico-arqueológica y documental del Apóstol Santiago poco antes de escribir esas líneas a favor de la historia. De hecho, el cardenal Miguel Payá y Rico sellaba y firmaba en abril de 1883 el expediente aún hoy conservado en el Archivo Apostólico Vaticano y León XIII escribiría en agosto esas líneas citadas a su prefecto. En 1884 proclamaría la Bula *Deus Omnipotens* ratificando el culto jacobeo, y años después López Ferreiro comenzaría su gran obra historiográfica de la *Historia de la S.A.M. Iglesia de Santiago de Compostela*, en Santiago, de 1898 hasta su fallecimiento en 1910 (último volumen póstumo en 1911).

Comienza el prefacio a su *Historia* refiriéndose a la enorme dificultad moderna del oficio de historiador, por lo inabarcable del conocimiento, y por

² FRANCISCO, papa, *Carta sobre la renovación del estudio de la historia de la Iglesia*, Vaticano, 21 de noviembre de 2024 (www.vatican.va).

³ LEÓN XIII, papa, “*Providentissimus Deus*” [sobre los estudios bíblicos], *Acta Sanctae Sedis* [ASS], XXVI, 1893-94, pp. 269-293, especialmente nº 41-42 y nº 52.

⁴ LEÓN XIII, papa, “*Saepenumero considerantes*” [carta dirigida a los cardenales Antonio de Luca, Vicecanciller, Juan Bautista Pira, Bibliotecario y José Hergenroether, Prefecto del Archivo], ASS, XVI, 1883-44, pp. 49-57.

otro lado a la dificultad historiográfica de la tradición, “que ha revestido ciertos hechos de una como pátina que los preserva y los hace más venerables” y que sería insensato raspar sin más, como si rascáramos un antiguo objeto, pues “recubre y resguarda muchos de los documentos que nos dejó la antigüedad”.⁵ El autor gallego aborda historia y hagiografía, documentación y arqueología críticas con culto y tradición inmemoriales, también en contexto apologético frente a la crítica excesiva y demoledora. En su bibliografía es casi inabarcable para nosotros, aunque para él lo fue, la cantidad de documentación que trabajó, leyó, transcribió y estudió, y nos presentó.

Se puede decir que inaugura así los tiempos modernos del Archivo de la Catedral y la historiografía eclesiástica gallega.

En aquellos años el reto estaba sobre la mesa. Por toda Europa se recogía el guante, en maneras más defensivas y apologéticas, o más propositivas y constructivas. Las más serenas lo hacían desde el estudio profundo y dedicado de los documentos. La tradición ilustrada, ante el desafío de una revisión histórica protestante y una enmienda a la historia eclesial, como habiendo perdido el hilo de la tradición de Cristo, ya lo venía haciendo desde que había comenzado la gran crisis terminando la Edad Media. Así se convirtieron en referentes César Baronio, a finales del XVI e inicios del XVII, y los grandes historiadores cristianos de la Edad Moderna, como nuestros padres Sarmiento y Feijóo.

Hemos recordado a nuestros predecesores más grandes en la historia. A fin de cuentas, son grandes sobre los gigantes del pasado. Como dice el aforismo clásico tantas veces citado en humanidades: “somos enanos a hombros de gigantes.”⁶ Vemos más lejos y con más precisión no por nuestra altura o por nuestra agudeza visual, sino porque estamos más altos subidos a la sabiduría del pasado. Los conocimientos y habilidades intelectuales humanísticas hicieron grandes de generación en generación.

Estos hombres modernos conservaron, estudiaron y divulgaron algo recibido de atrás. Toda esa documentación y libros fueron como un tesoro y patrimonio recibido, necesario para fundamentar la vida de la propia

⁵ LÓPEZ FERREIRO, Antonio, *Historia de la S.A.M.Iglesia de Santiago de Compostela*, Santiago, Seminario Conciliar, 1898, pp. 6-7 y siguientes del prefacio.

⁶ La frase atribuida al famoso maestro latino Prisciano e hipotéticamente transmitida por otros maestros medievales aparece efectivamente citada a mediados del siglo XII por el latinista medieval eclesiástico John of Salisbury, *Johannis Saresberiensis*, en su *Metalogicus liber III, cap. IV*, citando a su maestro Bernardo de Chartres: cfr. *Patrologia Latina*, 199, col. 900, Paris, Migne, 1855: “Dicebat Bernardus Carnotensis nos esse quasi nanos gigantium humeris incidentes, ut possimus plura eis et remotiora videre, non utique proprii visus acumine, aut eminentia corporis, sed quia in altum subvehimur et extollimur magnitudine gigantea”,

institución, familia y madre que es la Iglesia, en su Catedral de Santiago, la casa del Señor Santiago.

La custodia del pasado es posible porque ha sido conservado y transmitido a lo largo de los siglos. Como parte del "tesoro" fue concebida la custodia y protección de todo ello en las Constituciones del siglo XVI en el episcopado de Francisco Blanco, ese "tesoro" que incluía no sólo bienes económicamente valiosos, u objetos de precio y arte, además de consagrados litúrgica y espiritualmente. Incluía los libros y documentos del pasado. Con él se custodiaban los antiguos privilegios, pergaminos y demás testimonios del pasado, presente y sentido en el futuro de la meta de peregrinación, la tumba apostólica de Santiago, su basílica Catedral y cabildo. A él se iban uniendo los documentos de toda índole, también económica y financiera, que iban gestionando y manteniendo ese patrimonio material al servicio del inmaterial.

La tarea y encomienda eclesial para toda la sociedad se remonta así, a hombros de gigantes, a siglos atrás, conservados entre la gloria y honra de su arte monumental, en los preciosos pergaminos custodiados entre sus muros en la Catedral.

Precisamente alguno de los libros más valiosos en antigüedad y belleza ya nos hablan desde su concepción de esa vocación histórica.

Nos remontamos a arzobispos y "archiveros" que ordenaron escribir los Tumbos con una clara vocación de preservar la historia y a la vez pasar a ella, "hacer historia" en todos los sentidos. Alguno de ellos, especialmente el primero, el Tumbo A, en su hermosa decoración y su monumentalidad expresan muy bien la belleza, importancia y grandeza del pasado a conservar, como las mismas palabras expresan a la par de sus miniaturas. Recordemos las palabras del prefacio del Tumbo A, de época del primer arzobispo de Santiago, Diego Gelmírez, en la primera mitad del siglo XII:

Muchas cosas útiles y honestas bien hechas por los antiguos padres e instituidas laudablemente, según su orden, se pierden para la memoria de los que vienen después con el transcurrir del largo tiempo, y se transmiten totalmente a la muerte del olvido y la voracidad de la vejez⁷.

Las palabras que abren el Tumbo B también son significativas. Siglo y medio después, en 1326, el arzobispo Berenguel de Landoria encarga al archivero y tesorero Aimerico componerlo:

⁷ ACS, CF 34, fol. 1r: cfr. LUCAS ÁLVAREZ, Manuel, *Tumbo A*, Santiago, Catedral de Santiago, 1998, p. 47 (Preámbulo): "*Plurima utilia et honesta ab antiquis patribus bene gesta et seruato rationis ordine laudabiliter instituta temporis diuturnitate posterorum memorie elabuntur et obliuionis interitui uetustatis edacitate omnino traduntur*".

Ya que la experiencia humana enseña que aquello que ha sido bien y honestamente hecho por los antiguos padres, según un orden racional saludable y laudable, durante mucho tiempo, se disipa de la memoria de la posteridad y muchas veces por negligencia muchas cosas abole el olvido, madre enemiga por la ingratitud. Por eso los hombres mencionados con sabiduría, preclaros en su criterio, deseando esquivar dichos defectos, establecieron deliberada y razonablemente que los arzobispos, obispos y demás prelados eclesiásticos, así como emperadores, reyes y reinas, príncipes, autoridades y consejeros y demás personas por debajo, de todo aquello que de sus donativos en honor de Dios y para remisión de sus pecados, concedieron a las iglesias y otros santos lugares, se estableciese ser hecho testamento bajo testigos y de su autoridad para corroborar de su propia mano, para que permaneciese en la memoria durante mucho tiempo y no pudiese ser anulado o desaparecer por sus sucesores o cualquier circunstancia posterior⁸.

El mismo archivero medieval continúa un par de años después su tarea con el libro de Constituciones de la Catedral, con palabras similares de preámbulo:

Ya que la memoria humana es por naturaleza frágil, y la cosas pasadas no pueden recordarse completamente si no son encomendadas a la escritura, así pues yo, Aimerico de Anteiach, tesorero de la santa Iglesia Compostelana por voluntad y aprobación del Reverendo Padre y Señor hermano don Berenguel de la orden de predicadores, profesor de Sagrada Escritura, las constituciones de acuerdo y consenso del Arzobispo de la Iglesia Compostelana y del Capítulo de dicha Sede, hasta el presente, publicadas por los reverendos padres y señores de predicha santa sede compostelana arzobispos y capítulo, saludablemente editadas para la conservación de las libertades eclesiásticas y el estado próspero pacífico y tranquilo del

⁸ ACS, CF 33, fol. [3r]: cfr. GONZÁLEZ BALASCH, María Teresa, *Tumbo B*, Santiago, Catedral de Santiago, 2004, pp. 57-58 (Preámbulo), arzobispo Berenguel, tesorero y escriba Aimerico de Anteiach (1326): *“Quoniam humana docet experientia quod ea que sunt ab antiquis patribus honesta et bene gesta et servato rationis ordine salubriter et laudabiliter instituta temporis diuturnitate a posterorum memoria dilabuntur et plerumque per negligenciam plurima abolevit oblivio mater ingratitudinis gracie inimica. Ideo viri sapientia predicti, discrecione preclari, premissis deffectibus obvitare volentes, consulte et racionabiliter statuerunt ut archiepiscopi, episcopi ceterique ecclesiarum prelati necnon imperatores, reges et regine, principes, potestates et consules et persone alie inferiores que de suis donativis in Dei obsequium et suorum remissionem pecaminum ecclesiis aliisque sacris locis conferrent, testamenta fieri precipere et facto in testimonium et auctoritate sue donacionis propriis manibus roborarent quatenus et memoria diuturnius permanerent et a successoribus a posteritate aliqua occasione cessari aut irrita fieri non valerent”*.

Capítulo, que se encuentran dispersas por diversos libros, en este volumen, con diligente exactitud, he recogido⁹.

Hablamos de historia crítica, conservación en el Archivo, estudio y transmisión. Pero también de vida eclesial, experiencia religiosa, y una transmisión amable y amigable de tú a tú. Estamos hablando *in memoriam* de D. José María Díaz Fernández, hombre de palabra, archivero, literato en muchos aspectos, historiador, sacerdote ante todo. Estamos hablando personas muy diversas a quienes tendió la mano, una palabra, un oído para escuchar también sus palabras, un puente entre el pasado y el presente, la historia académica y la investigación y la Catedral, entre muy diversas formas de creer y pensar y una vocación muy clara y definida.

Por eso antes de pasar a presentar el contenido de este homenaje, terminemos recordando esa vocación, allá en sus primeros años de archivero. Lo haremos con la expresión que entonces escogen en el Reglamento de Archivos Eclesiásticos que los obispos aprueban de mano de los archiveros en 1976. Estas palabras creemos que inspiraron su vida y tarea y el presente homenaje, en su lista de participantes y agradecimientos, pretende mostrarlo:

La Iglesia, ante la documentación que guarda en sus archivos, tiene una doble responsabilidad: por un lado la de velar por su conservación y recta utilización y por otro, la de procurar que contribuya al bien común de la sociedad, mediante su investigación y conocimiento (3.1.1., p. 17)¹⁰.

27

Esperamos que este homenaje que presentamos sea expresión de tantas décadas de dedicación a la Iglesia, de la propia historia del Archivo en

⁹ ACS, CF 20, *Libro II de Constituciones*, fol. 1r, transcrito por LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la S.A.M. Iglesia de Santiago*, VI, Santiago, Seminario Conciliar, 1903, Apéndices, p. 76, elaborado por el mismo Aimerico de Anteiach del Tumbo B el año 1328: "*Quoniam humana memoria a natura est labilis nec eorum que preterita sunt potest plenarie recordari nisi scripture fuerint comendata. Ideo Ego Aymericus de Anteiacho Sce. Compostellane Ecclesie Thesaurarius de voluntate et assensu reverendi patris et domini dni. fris. Berengarii ordinis predicatorum sacre pagine professoris sce. Compostellane Ecclesie Archiepiscopi necnon de Capituli dicte Sedis concordii consensu constitutiones hactenus per Reverendos Patres et dominos prefate sce. Sedis Compostellane Archiepiscopos et dictum capitulum salubriter editas pro conservandis ecclesiasticis libertatibus et prefati Capituli statu prospero pacifico et tranquillo. quas dispersas reperi in diversis libris in hoc volumine cum exacta diligentia recolegi*".

¹⁰ *Reglamento de los Archivos Eclesiásticos Españoles*, León, Junta Nacional del Tesoro Documental y Bibliográfico de la Iglesia Española y Asociación Española de Archiveros Eclesiásticos, 1976.

sus investigadores y trabajo, de la expresión viva y real de estas palabras no solo como deseo sino como realización.

“Vida, Obra y Recuerdos. Teología y Pastoral. Bibliología y Filología”

La primera parte de este homenaje recoge la parte más biográfica, incluyendo una bio-bibliografía de D. José María, y una recopilación de recuerdos escritos que recogen imágenes diversas de su persona a través del contacto personal con él por parte de los autores, mostrando en ese poliedro, o caleidoscopio, una imagen más completa de él, profundamente enriquecedora.

La bio-bibliografía, sin pretender una imposible exhaustividad, ha sacado una larguísima lista de pequeñas publicaciones en prensa del autor cuyo elenco, seguramente incompleto, estaba por hacer y nos muestra la faceta escrita suya. La faceta oral, grabada en el corazón de los oyentes pero no en escrito para la historia, queda como su aportación eclesial en tantísimas predicaciones litúrgicas o no, en celebraciones, meditaciones, encuentros espirituales sacerdotales o religiosos. La biografía asienta en lo posible los datos de la carrera sacerdotal desde sus estudios, su etapa nunca olvidada de Sacerdote Operario Diocesano, su incardinación mindoniense y después compostelana y en la Catedral, buena parte de su vida.

Desde el principio este homenaje nos pareció un deber no sólo personal, subjetivo, sino institucional, por cuanto la configuración, ordenación y apertura del Archivo de la Catedral de Santiago se desarrolló en su tiempo y bajo su dirección. Su historia personal es la historia institucional del mismo con todo lo que supone de modernización gradual, ordenación y estudio, inventariado y catalogación, y divulgación de la mano de tantísimos jóvenes investigadores que comenzaron y consagraron sus carreras aquí con él. Las voluminosas segunda y tercera parte dan fe de ello con los estudios históricos e histórico-artísticos.

Las otras aportaciones de esta primera parte se mueven todas en esta línea personal y emotiva, pero también eclesial, vocacional y espiritual. Todos ellos aportan una impronta dejada por D. José María como compañero o maestro. Algunos se remontan a sus primeros pasos de sacerdote marcando futuras vocaciones o simplemente vidas humanas vividas en una perspectiva muy diversa pero con aquella firme cimentación formativa. Otros han compartido tarea a su lado en el presbiterado, como operario o posteriormente diocesano. No hemos querido omitir una referencia ecuménica desde una iglesia ortodoxa, que habrían podido ser muchas otras desde otras iglesias y comunidades no católicas que gozaron de su cercanía y escucha atenta, de la acogida eclesial de su mano. Cada aportación es diversa, no son académicas, sino personales, y con ese valor que la historia documental o la ciencia crítica no puede testimoniar o recoger, pero nuestra memoria viva no quería ni podía dejar de recoger.

La primera parte, este primer volumen, continúa con dos trabajos de sendos obispos eméritos, de Santiago de Compostela, Monseñor Julián Barrio, y de quien también fue obispo de Mondoñedo, Monseñor Manuel Sánchez Monge. Sus páginas ilustran la visión cristiana de la historia, como teología de la historia, y el ministerio hermoso de la palabra sirviendo a la Palabra de Dios.

Hemos completado el volumen con la primera parte ya de trabajos académicos que conectan esta dimensión vocacional de D. José María como "servidor de la Palabra" con los dos siguientes volúmenes históricos. El epígrafe que los reúne los describe: "Bibliología y Filología". Mantenemos la dimensión personal por la propia trayectoria iniciada y compartida por los autores con el archivero de la Catedral, pero sus trabajos saltan de lo biográfico ya a lo académico. A partir de aquí este libro homenaje recopila los trabajos académicos ofrecidos por una buena parte de la larga lista de personas que fueron contactadas repasando los años de archivero en Santiago e incluso antes. Así pues el hilo conductor es la documentación del Archivo y la historia construida desde la misma, como mejor expresión y fruto de la vida y tarea de su Archivero.

"Historia"

La segunda parte del homenaje recoge una larga lista de investigadores que, en su pluralidad y variedad, expresa la riqueza y apertura de la tarea eclesial de los archivos hacia el mundo universitario, académico y científico humanístico. La lista la completan colegas archiveros de la Iglesia a nivel gallego y nacional, antiguos alumnos que fueron profesores, o aún lo son, en la Universidad de Santiago y en otras universidades; expertos jacobeos cuyos trabajos iluminan la documentación compostelana desde multitud de otros archivos y bibliotecas donde se extiende el culto jacobeo y la peregrinación. Casi todos los trabajos tienen un punto de partida de una u otra forma en este Archivo y en la persona de D. José María.

Aunque cada trabajo y cada autor se presenta a sí mismo en su competencia y esfuerzo, nos gustaría recalcar lo que la visión de conjunto ofrece, que era uno de los objetivos de este homenaje: sacar a la luz y dar relieve y visibilidad a una tarea tan oculta y no siempre agradecida o manifiesta de puente y puerta hacia la comunidad humana civil en el mundo académico, universitario y el conocimiento del pasado. En un contexto social vivido por D. José María tan polarizado a veces, secularizado o cargado de prejuicios mutuos, este valor es especialmente significativo y no podemos cansarnos de mostrarlo. Haber "sentado" en el mismo libro autores y trabajos tan diversos es una diversidad enriquecedora, que aquellos que creemos vemos como fruto del Espíritu, pero compartimos incluso con formas de afrontar la vida y su valoración diversas en la fe, o su ausencia. Ni la Iglesia cierra sus puertas o reclama afiliación para entrar, ni su Archivo, ni la Basílica

del Apóstol Santiago que recibe a buscadores e "investigadores de la vida", peregrinos o académicos, en la cultura o en las sendas que traen a Compostela desde tantas procedencias diversas.

La pluralidad de épocas históricas, de hermenéuticas y métodos de análisis, así como de planteamientos y conclusiones, es expresión también de esa capacidad del Archivo, de su Archivero, para abrir, acompañar e inspirar desde la libertad con el único criterio, claro, de buscar la verdad desde la historia, sus fuentes, y una metodología.

Algunos nombres son colegas archiveros que en sus archivos desarrollan igual vocación. Otros son investigadores que han pasado largas horas entre los documentos y su actual docencia e investigación es fruto de aquellas horas. En algún caso la documentación no sólo empezó a salir a la luz con ellos sino que su catalogación definitiva y posible divulgación fue fruto del esfuerzo de D. José María por esta apertura y disponibilidad. La historia de estas investigaciones es a su vez historia del Archivo en la disposición y ordenación sucesiva de sus fondos, hasta su colocación definitiva y apertura a la investigación tras estos trabajos.

Algunos nombres merecen especial mención, pues de aquellos trabajos continuaron conformando a medio plazo la plantilla definitiva del Archivo gracias al apoyo económico primero de diversas administraciones, pero posteriormente hasta la actualidad de la apuesta cultural y académica de la Catedral de Santiago. Ellos son los que en última instancia compartieron tiempo y vida con D. José María y su gratitud se expresa en la edición de este volumen: Arturo Iglesias y Elena Novás principales editores, Jorge García como personal últimamente incorporado, Xosé Sánchez, María Seijas y Simón Vicente como antiguo personal del mismo hoy en otros trabajos.

"Historia del Arte" e "Historia de la Música"

La tercera parte continúa con los criterios antes reconocidos pero ya para el otro gran ámbito académico que es la Historia del Arte y la Historia de la Música. El volumen de Historia nos trazaba la historia del Archivo en la recuperación, conservación y catalogación de sus documentos y fondos, a través de las épocas y los siglos. Este volumen recorre la interpretación y lectura del arte a través de los testimonios de Archivo, necesarios para su reconstrucción, conocimiento, historia, interpretación. También son numerosos los historiadores del arte en deuda con los archivos y con nuestro archivero, desde su formación, sus tesis doctorales y el desarrollo de sus carreras. Igualmente las artes representadas son las clásicas de escultura y pintura, pero también más moderna imagen en fotografía, y de una manera especial la música. El Archivo musical de la Catedral ha sido uno de los grandes tesoros dentro del Archivo, con sus cinco siglos de música y polifonía testigos de la grandeza artística de sus maestros y capilla musical. Aquí varios artículos representan una larga estela de investigadores, investigaciones e

historia musical en la Catedral: uno en el primer volumen, dos en éste. El primero, en la primera parte, expresa una evocación musical y a la vez personal, profundamente biográfica a la vez que artística e histórica, al hilo de la experiencia no sólo de Archivo sino también desde niño en la Escolanía hasta el hacer música e historia de la música en la Catedral. El segundo artículo es igualmente un recorrido historiográfico o una pequeña historia del Archivo, otro fragmento de esta gran historia que aquí tejemos, pero el fragmento musical contemporáneo. El tercer artículo vuelve sobre la música medieval precisamente en un momento importante que nunca puede ser olvidado, el medieval, que enlaza no sólo con el Códice Calixtino sino con multitud de fragmentos recogidos y recuperados en buena parte en los tiempos de D. José María y que aún hoy son objeto de estudio y crítica.

Al igual que en el volumen de historia están aquí representados todos los siglos que el Archivo cubre. Desde el descubrimiento de la Tumba Apostólica hasta el comienzo del primer milenio tenemos escultórica y arquitectónicamente elementos en la Catedral, anteriores al gran edificio románico, y documentalmente las copias que en tiempos de ese románico se mandan hacer para conservar. Hemos evocado la propuesta histórica y conservadora de Gelmírez y Bernardo compostelano al abrir el Tumbo A. Desde esa época los manuscritos sueltos, los libros y la documentación va aumentando y escalando con los siglos hasta el Renacimiento. También las lenguas se amplían con el gallego y el castellano después de la exclusividad del latín. El siglo XVI y el Renacimiento también están representados

Con gratitud

Muchos autores y personas que pasaron por la vida de D. José María no han podido participar con un artículo en los volúmenes del homenaje, pero han deseado dejar su nombre en expresión de gratitud personal y profesional hacia él. Con ellos componemos al final del tercer volumen la *Tabula Gratulatoria* que expresa el agradecimiento pero es también la historia vital y biográfica de la persona a través de sus contactos y relaciones. Como tan bien expresa la vocación cristiana, nunca somos sólo para nosotros mismos, y quien viva hacia sí mismo solo reduce, mengua, y "pierde su vida", en palabras del Evangelio. Quien la entrega, en la relación y apertura, es quien la gana.

Terminemos de nuevo con las palabras del papa León desde la arqueología paleocristiana, pero válidas para nuestra historia como creyentes, como buscadores de la verdad, como historiadores o simplemente como personas que, aunque seamos pequeños y enanos, crecemos y maduramos a hombros de gigantes. La historia, una vez más, es dialogante y abierta porque es real, con sus luces y sombras, incluso a veces simplemente conociendo sin juzgar, pues de juzgar se encarga el único que puede conocer los secretos de cada corazón en profundidad, no nosotros. Es una puerta abierta para entrar

porque muestra, como el arte y la música, canto, belleza, emoción y a la vez perfección, sentimiento y artesanía al elaborar y construir, es obra humana pero, santuario que somos, es gracia recibida y criaturas del creador, que artesanalmente, aprendemos del Padre a traer algo hermoso a este mundo. Que lo que traemos en estas muchas páginas sea expresión de los muchos rostros y manos que fueron miradas y enseñadas en los muchos años de vida con que Dios nos regaló a D. José María Díaz Fernández.

Quien conoce su propia historia sabe quién es, sabe adónde ir, sabe de quién es hijo y a qué esperanza está llamado. Los cristianos no son huérfanos: tienen una genealogía de fe una tradición viva y una comunión de testigos. La arqueología cristiana hace visible esta genealogía, custodia sus signos, los interpreta, los narra y los transmite. En este sentido, es también un ministerio de esperanza. Porque muestra que la fe ya ha atravesado épocas difíciles; ha resistido persecuciones, crisis, cambios; ha sabido renovarse, reinventarse, echar raíces en nuevos pueblos, florecer en nuevas formas. Quien estudia los orígenes cristianos ve que el Evangelio siempre ha tenido una fuerza generativa, que la Iglesia siempre ha renacido, que la esperanza nunca ha fallado¹¹.

Ipsium scribenti sit gloria sitque legenti.

Que tenga la misma gloria quien lo lee que quien lo escribe.

(Códice Calixtino)

¹¹ LEÓN XIV, papa, *Carta apostólica sobre [...]*, op. cit.